

# LA FERTULIA.

## Suplemento al Nacional, de literatura y de artes.

10 cts.

DOMINGO 7 DE MARZO DE 1852.

### Recuerdo á quien convenga sobre la feria de Puerto-Real.

Volando se pasa el tiempo: parece que fué ayer cuando veníamos de la feria de Puerto-Real, cuando observamos todos sus accidentes y cuando la describimos en este mismo periódico: dentro de dos meses ya tenemos ahí los mismos días de diversion que otros años, y los cuales proporcionan un ensanche á la vida á muchos de los constantes moradores de esta ciudad de Alcides, adonde apesar de la multitud de elementos que en ella existen para distraerse, no deja de haber alguno que otro individuo que no le satisfacen ni las fiestas reales del mas exquisito gusto, ni el precioso Carnaval nada insulso ni monótono.

Con tiempo, pues, y por ser aficionados á ir á pasar los días de feria á aquella alegre villa, queremos recordar á los puerto-realeños nuestro consejo del año pasado. Dijimos que se podia con mucha facilidad evitar aquella confusion y peligro que ocasiona la reunion y multitud de personas, bestias y carruages á la salida del pueblo al ir para el paseo de Carretones. Creemos que abriendo el vallado que hay despues de la última casa de la acera de la izquierda, podria continuarse el camino de los carruages hasta salir de frente á la misma calle Real: de este modo las personas podrian entrar, viniendo de Carretones, por el

callejon de Rambla, sin que en todo el camino hubiese confusion ni mezcla entre las personas y las bestias.

Esto dijimos y esto repetimos hoy, aunque nos temamos que el ilustre ayuntamiento desprecie nuestro consejo, no por otra cosa mas sino porque, segun de público se dice, no es la actividad la cualidad que mas resalta en aquella respetable corporacion, y eso que sigue al frente de ella nuestro amigo el señor don Vicente Goyena. Veremos, pues, lo que de sí arroja la feria en el año presente, y si en algo se tiene nuestro consejo cuya adopcion acaso evite disgustos y desgracias.

R. A.

### Fiestas reales.

#### TORNEOS EN MADRID.

De el *Heraldo* copiamos los siguientes detalles:

«Muchos eran los que temian, y nosotros éramos de este número, que la funcion que se habia de verificar ayer tarde en la plaza de Toros, no correspondiera á los pomposos anuncios que de ella se habian hecho, á lo que muchos esperaban que seria, ni sobre todo á la poética idea que de los torneos de la edad media todos tenemos formada.

Es cosa atrevida y espuesta querer presentar con formas materiales á los ojos del público aquellos hechos que han adquirido un colorido permanente de poesia y de grandeza

con el trascurso del tiempo, y á los que la fantasía se complace en considerar, con razon ó sin ella, como el tipo y resumen de otra época, tal vez menos grande, pero mas brillante que la que nosotros hemos alcanzado.

Es tan bella la idea que de los torneos de la edad media tenemos todos en la imaginación, que probablemente, si pudiera ser que asistiésemos á uno de ellos, no quedaríamos satisfechos. ¿Cómo, pues, puede ser que nos satisfaga su pálido remedo? Eran los torneos de por sí remedos de combates en una época en que las armas blancas eran las mas terribles de todas; ¿cómo la copia de aquello, que ya de por sí no era sino copia, puede interesarnos á los que estamos ademas acostumbrados á presenciar el uso de armas mas mortíferas y combates mas mortíferos y espantosos?

Asistir á la representación de combates al arma blanca, en los cuales no hay lucha, es lo mismo que ir á ver un duelo á pistola en el que se di-pare con pólvora sola. Es cierto que en los torneos de la edad media se combatía tambien con *armas corteses*, y no había verdadero combate; pero siempre servían para probar la pujanza de los brazos: los caballeros que en ellos justaban, hacían en ellos alarde de su destreza en el manejo de las armas y del caballo. Y había un verdadero interés en vencer, y había triunfos que obtener y empresas que dejar airoas, y bandas bordadas por la belleza que ganar, y vergüenza en las derrotas, y espíritu de bando y de partido en la lucha: había, en fin, costumbres, había una civilización entera que daba realce y brillo á aquellas funciones, y hacia de ellas poco menos que una institución social, y daba por lo mismo necesariamente fé y ardor á los combatientes, curiosidad y vivísimo interés á los espectadores.

Querer reproducir aquellos alardes militares delante de un público indiferente, que no toma el menor interés porque venzan los templarios ó los griegos, los ingleses ó los escoceses, y con combatientes á quienes tampoco debe importar mucho vencer ó ser vencidos, es prescindir de todas las circunstancias de una época y de una civilización que ya murió y que era la única que daba algun valor á este espectáculo. ¿Acaso los torneos estaban reducidos á formar un palenque, á lucir buenos caballos y á vestir bellos trages?

Hé aquí porqué éramos de los que creíamos que las justas y torneos no correspondían á lo que algunos, al parecer, esperaban; y hé aquí las reflexiones que íbamos haciéndonos ayer tarde á las tres y cuarto, caminando por la calle de Alcalá en dirección á la plaza de Toros. En este camino nos encontramos con el castillo feudal construido por el cuerpo de ingenieros, y además á un lado el modelo del alcázar de Segovia, levantado por los artilleros. Los recuerdos de la edad media nos asediaban por todas partes. Para ir á los torneos había que pasar á tiro de piedra de las fortalezas del feudalismo.

Pero no era posible formarse ilusión ni por un momento. Aquellas magníficas calles de árboles, aquel suntuoso enverjado de los jardines del Buen Retiro, aquel movimiento y multitud de lijeros carruages no permitía que la imaginación mas atrevida pudiera figurarse, ni por un momento, que se hallaba al pie de una fortaleza de tiempos atrasados: aquella soberbia puerta de Alcalá, que cerca de allí se eleva, recordaba la admirable y perfecta arquitectura que la produjo, y avergonzaba la pobre arquitectura que construyó los baluartes del feudalismo.

Y reparamos al llegar aquí que nos hemos estendido demasiado en estas consideraciones, y que en este artículo todo va á ser el principio; pero no lo sentimos pues en el torneo de ayer tarde sucedió exactamente lo mismo: al anoecer se estaba aun en los preludios, y concluidos estos, apenas se hizo ya nada mas.

Pero vamos por su orden.

Los preparativos para la función habían sido grandiosos. La plaza de los toros estaba adornada con gusto, elegancia y riqueza. El antepecho de los palcos había sido cubierto con una colgadura, dividida en dirección vertical en tiras rojas y amarillas: las primeras lucían los castillos, y sobre la segunda se veían los leones de las armas nacionales.

Sobre los palcos corría al rededor de toda la plaza una galería cubierta con guirnaldas de laurel, y que también lucía pintados los emblemas simbólicos de nuestra nacionalidad.

Mas de cincuenta elegantes gallardetes blancos con las armas de todas las provincias de España ondeaban al aire por encima de los palcos y entre ellos se elevaban otros mas pe-

queños, formados con los colores de la bandera nacional.

En los postes de madera que sostienen la fila de palcos se veían clavados escudos que alternativamente mostraban las armas reales, y las de la villa y corte coronada.

Cincuenta y tantas ligeras astas de bandera, tan altas como la plaza, elevaban desde la arena otras tantas banderolas rojas y amarillas. Sobre el palco regío mecia el aire dos banderas con los mismos colores.

La barrera y la contrabarrera habían sido cubiertas con una tela azul y blanca, con la que se habían formado también pabellones en las cuatro puertas interiores de la plaza.

La vista de esta no podía ser mas agradable. La decoracion que hemos descrito es de muy buen efecto. La desgraciaba algo, sin embargo, la excesiva fuerza del viento, que no contento con rizar las banderolas y gallardetes, las agitaba de un modo demasiado brusco, y derribó algunas y las puso á todas en peligro.

La concurrencia no era tanta, que no dejara bastante que desear á los empresarios de la funcion. Esto nos hizo meditar sobre lo caro que habían fijado el precio de los asientos, y sobre las razones de economia, que habían podido en el público mas que la curiosidad; consideraciones que nos acabaron de quitar la ilusion de que estábamos viendo una funcion del siglo XIV, y nos hicieron recordar la era de positivismo en que vivimos.

La reina, su augusto esposo, la reina madre, los duques de Montpensier, el infante don Francisco y el resto de la familia real, se presentaron en su palco algunos minutos despues de las cuatro. La música saludó á S. M. con la marcha real y el público con repetidos *vivas*.

En seguida empezó el llamado torneo. El juez del campo, los reyes de armas y los heraldos ocuparon sus sitios en un pequeño tablado colocado debajo del palco de la Reina. Despues de ellos y transcurrido un rato de impaciencia por parte del público, se presentaron los caballeros que iban á justar, dividiéndose en seis bandos, y un *estado mayor* del modo que sigue:

Gefe y director, don Francisco Vargas Machuca, literato escritor público.

*Estado mayor*.—Don Manuel Soto, co-

mandante de caballería; don Agustin Garrido y Campos, empleado en el gobierno político; don Manuel Marqués, comandante de infantería; don Eduardo Bravo, profesor de medicina y cirugía; don Diego Verda, capitán de infantería; don José Guivernau, teniente de carabineros; don Cipriano Lopez Cuadrado, subteniente de infantería.

*Bando cristiano*.—Gefe don Joaquin Vinader, capitán de caballería; don Francisco Azua, empleado en gobernacion; don Enrique Fano, alférez de carabineros; don Carlos Calderon, teniente de granaderos; don Enrique Virnes Montes de Oca, capitán de infantería; don Prudencio Naya, comandante de infantería; don Francisco Gonzalez Valle, capitán retirado; don Eduardo Fernandez Villegas, teniente con grado de capitán; don José Melendez, abanderado del regimiento de Gerona.

*Bando moro*.—Gefe don Julian Dara, primer comandante de caballería; don Luis Bellido, teniente de infantería; don Romualdo Palacios, subteniente de idem; don Carlos Costa, capitán de idem; don Francisco Lottellerie, teniente de idem; don Lorenzo Castillo, capitán de caballería; don José Fernandez, propietario; don Emilio Sarabia, comandante de infantería; don Federico Varela, caballerizo de S. M.

*Bando de los templarios*.—Gefe don Miguel Aduain, capitán retirado de caballería; don Manuel Pomar, propietario; don José del Barrio, capitán de infantería; don Antonio Fernandez, propietario; don Teodoro de Sierra, propietario; don Antonio Sanchez, empleado cesante de hacienda; don Justo Urquiza, ayudante de caballería del Rey; don Emilio Letona, teniente de idem; don José Castelo, ayudante de caballería de la Reina.

*Bando griego*.—Gefe don Antonio Dorregaray, capitán graduado, teniente de Gerona; don Saturnino Valvidades subteniente de idem; don Evaristo Reina, idem de granaderos; don Mariauo Gonzalez, abogado; don Luis Solis, teniente de Borbon; don Ramon Osorio, caballerizo de S. M.; don Fernando Useletí y Ponte, subteniente de reemplazo; don Manuel Menjía, idem, de San Marcial; don Manuel Gafas, caballerizo de S. M.

*Bando inglés*.—Gefe, don Juan Manuel Carsi, T. C. comandante de carabineros; don

Carlos Becar, capitán de caballería; don Carlos Escobar, C. teniente de ídem; don Francisco Puigcerver, abogado; don Francisco Marqués, capitán de infantería; don Enrique Ruiz, propietario; don José Bona, ingeniero civil; don Antonio Lupion, abogado; don Narciso Pariente, empleado en el ministerio de la gobernación.

*Bando escocés.*—Gefe don José de Rojas, teniente de carabineros; don Luis García Conde, teniente coronel graduado del regimiento de Iberia; don Eugenio de Pombo, alférez de caballería de Ahnansa; don Rafael Luna, alférez de caballería; don Fernando Gonzalez, abogado y propietario; don Rafael Raciabal, abogado; don Leocadio Canton y Salazar, propietario; don José Quiroga, teniente de infantería; don José Sierra, capitán de caballería.

No respondemos de que estos caballeros fuesen los que salieron ayer á la plaza. Copiamos sus nombres de un programa impreso que se vendía en las puertas de esta; pero como el programa hablaba también de que saldría una carroza con Venus y Marte, no sabemos para qué, y de que se saltaría á caballo una valla, y otras pequeñeces que no se verificaron, no sabemos si en el personal hubo también variación.

Lo que sí podemos decir, es que todos salieron al palenque muy bien vestidos y equipados. Hicieron varias evoluciones á caballo, saludaron á S. M. repetidas veces, y entretuvieron al público con carreras y movimientos concertados. Esta fué la parte más vistosa y mejor combinada de la función. El bando de los cristianos con brillantes corazas y casco de acero, los moros con ricos turbantes y albornoces, los templarios con sus vestiduras blanca y su cruz roja, los griegos con sus alicoras chaquetas de terciopelo, los ingleses con armaduras y cascos negros, los escoceses con sus corazas de cuero y sus elegantes trajes montañeses, la gran multitud de pajes, escuderos y farantes á caballo y á pié, que llenaba el circo, todos vestidos con la mayor propiedad; más de sesenta caballos, la mayor parte muy buenos, equipados también con todo esmero, todo esto reunido formaba un conjunto de lo más agradable.

Las maniobras que se ejecutaron no tuvieron cosa de notable, y fueron sencillamente

ejercicios de caballería; pero ejercicios ejecutados por la reunión más caprichosa de ginetes elegantes, y de caballos bien enjaezados, que se pueden imaginar.

Por desgracia esto acabó, y empezaron los trabajos. Desmontáronse algunos ginetes, colocóse á un lado de la plaza una corona de rosas, los caballeros echaron á correr sin dar el menor aviso, y cuando el público empezaba á querer saber lo que iban á hacer, ya uno de ellos había cogido la corona; y se acabó esta suerte, y se pasó á otra cosa.

El público empezó á comprender que no se iba á divertir.

La otra cosa á que se pasó fué á sacar y atar á un palo una multitud de palomas, que apenas se podían mover, y de las que ninguna logró poner los pies hacia abajo, pues las traían cruelmente atadas. Pero esta crueldad ora bien poco comparada con lo que iban á hacer con ellas. Los justadores se colocaron debajo de las pobres palomas, y desde una distancia muy corta las atravesaron con flechas hasta que se causaron.

El público no dio muestra ninguna de que le hubiera entusiasmado el tormento de las infelices palomas.

En seguida se corrieron cintas. Los sesenta y tantos ginetes pasaron á escape, ó á galope, ó al trote, ó al paso, como mejor les plugo, y en amable desorden, una, dos, veinte veces; cada uno cogió las cintas que pudo, muchas más se cayeron al suelo sin esperar á que las cogieran.

Esta parte de la función pareció á algún descontentadizo algo pesada; pero en compensación se hicieron en seguida otros dos juegos bastante parecidos.

Fué el primero colocar sobre la arena y á corta distancia del suelo, tres cabezas de turco, de cartón, para que los caballeros se esforzaran por cojerlas con la espada, pasando á su lado á escape. Uno de los templarios, cuyo nombre no sabemos, tuvo la habilidad de ensartar en su espada dos de las tres cabezas.

Después, en vez de las tres cabezas de turco, se pusieron á dos pies del suelo seis ramos de flores para que los caballeros trataran de cojerlos con la mano derecha, pasando á escape á su lado. El templario que de las tres cabezas de turco había cojido dos, de

los seis ramos de flores conquistó cuatro.

Y el público empezó á notar que en estas y las otras la noche se venia encima á toda prisa, y no iba á haber tiempo para todo lo anunciado.

Por fortuna el intermedio entre la primera y la segunda parte no fué largo, y se procedió al combate general á caballo. Los justadores se armaron de lanzas. O no lo entendimos, ó hubo una equivocacion gravisima en la colocacion de las huestes. Los moros, en vez de reñir con los cristianos, luchaban con los ingleses; los cristianos, en vez de buscar á los moros, se trabaron de lanzadas con los griegos; los escoceses, dando treguas á los ingleses, dieron sendos golpes á los templarios. Pero hubiera ó no equivocacion, todo fué igual: la arena quedó cubierta en pocos momentos de lanzas; se trabaron muchas luchas parciales; unos caballeros sacaban las espadas y reñian con ellas; otros caian de los caballos y eran retirados del palenque; otros quedaron en el campo; muchos echaron pié á tierra, y dejándose de lanzadas, llegaron á las manos.

Sobre la mayor ó menor exactitud y esmero con que todas estas luchas generales y parciales estuvieron fingidas, no diremos nuestra opinion porque ya tenemos prisa por dejarlo. Seguiremos, pues, meramente relatando.

El público, por este tiempo, se dió al ejercicio de silvar.

SS. MM. y AA. se retiraron de la plaza antes de que concluyese el torneo.

Faltaba el *juicio de Dios*, entre el golo del bando africano y el golo de los torneos; pero fué cosa de segundos. Apenas el último habia tenido tiempo para apearse y sacar la espada, el africano le arremetió con tal furia, que de un solo golpe le tendió en el suelo. Y se acabó el *juicio de Dios* y el torneo de ayer tarde.

El público seguia haciendo progresos en el ejercicio que poco há hemos mencionado.

Despues hubo un rato en que no entendimos lo que pasaba. Los justadores ni se iban ni se movian: unos estaban á pié, otros á caballo; algunos se paseaban pacificamente: los mas estaban inmóviles.

El público se distraia del frio silvando.

Por fin, aunque la funcion, al parecer no tuvo final, aquella escena lo tuvo, pues la gen-

te se cansó de no ver nada, y los justadores se causaron tambien de no hacer mas, y unos y otros fueron desfilando poco á poco en medio de las sombras de la noche, que por cierto no fueron interrumpidas por la luz eléctrica, ni por los fuegos de Bengala, segun se habia prometido.

En resumen: las personas que ayer merecieron aplauso en la plaza de toros, fueron don Eusebio Luccini, que habia dirigido la decoracion; don Fernando Suarez y don Lorenzo Paris, que habian construido los trajes de los caballeros, escuderos y pajes, y las mantillas y adornos de los caballos; el templario que así cogia con la espada cabezas de turco como con la mano ramos de flores; el público de Madrid, que no fué, y de este modo se libró del horrible frio que hacia, y tambien el público que asistió y distrajo el frio silvando.»

---

## Teatro Principal.

---

Para cantar bien una ópera cualquiera de Rossini no basta tener voz, se requiere ademas gran ejecucion y agilidad de garganta; y como los cantantes de este coliseo que se hicieron cargo de la mutilada y destrozada *Ceneréntola* carecen la mayor parte de voz y no tienen apenas ejecucion, ninguno, excepto el señor Lej, pudo desempeñar su papel ni aun medianamente, quedando el público tan harto la primera noche de la representacion de esta ópera, que en la siguiente estaba hecho un desierto el teatro.

Mas decimos: aun cuando se hubiera confiado la ejecucion de esta ópera á las primeras partes de la compañía, no dudamos en creer les hubiera sido imposible desempeñarla muy bien; porque los cantantes del dia están por lo general educados en una escuela distinta de la del tiempo de Rossini; los que están acos-

tumbados desde muy jóvenes al canto spianato de las modernas partituras, mal pueden desempeñar con perfeccion las óperas que piden gran ejecucion y una agilidad que solo se adquiere educando desde muy temprano la voz con este objeto.

Así es que ni la señora Vianelli, ni el señor Denti, ni el señor Baraldi, ni las Villares podian con la ópera; verdad es que era lo mismo que si hubiera querido un hombre débil levantar un peso de cuarenta arrobas, porque así lo habia visto hacer á los grandes atletas. Una Alboni, un Ronconi y otros de esta estatura son los atletas cuyos hombros podian sostener el gran peso de la *Cenicenta*; pero no la señora Vianelli, ni el señor Baraldi, ni menos el señor Denti.

El señor Cerilli, maestro de indisputable mérito, se debió ver apurado para poder poner al alcance de aquellos artistas una de las mas dificiles producciones del Cisne del Pé-saro. Pero apesar de toda su habilidad y maestria; no obstante suprimir unas importantes piezas como una preciosa aria de tenor del tercer acto, y otra que debe cantar una de las hijas de don Magnífico; sin embargo de trasportar algunas piezas para el señor Denti, no le fué dable al señor Cerilli conseguir cantaran medianamente siquiera ninguno de los operistas, porque para ello hubiera sido preciso otra voz y otra ejecucion. Cabe en medio de todo el consuelo á los cantantes que hubo entre ellos una verdadera armonía en esto de hacerlo mal. Ninguno tenia que envidiar al otro; ni este tenia que echar á aquel la culpa del mal resultado. A todos cupo igual parte.

El señor Denti se ahogaba y apenas se le oia: á la señora Vianelli le sucedia otro tanto; verdad es que estaba algo ronca; el señor Baraldi parecia una estátua que dá notas

por medio de algun descompuesto mecanismo. A las dos Villares no se les distinguió el metal de voz. En suma, no pudo salir la ópera peor de como la cantó la parte mas endable de la compañía lírica. No creemos que cabrá igual suerte á la *Luisa Miller*, antes bien, se nos figura ha de ser bien ejecutada; primero atendido los cantantes que en ella toman parte, y en segundo lugar la clase de música.

Y ya que se trata de la *Luisa Miller*, debemos manifestar que padecemos una involuntaria equivocacion al decir se hacia cargo del papel principal la señora Bianchi, pues posteriormente hemos sabido que se ha confiado á la señora Fodor, quien parece la ejecuta con gran maestria. Pronto nos cercioraremos de ello, si es que cuando vea este artículo (escrito el viérnes) la luz publica ya no se ha puesto on escena la referida ópera.

---

## Teatro del Circo.

Tenemos entendido se prepara en este teatro una gran funcion para el miércoles de la presente semana, á beneficio de don Rafael Chacon, don Francisco Vida y don Manuel Elias, empleados en dicho coliseo, en la que se ejecutará la gran comedia en cinco actos, refundida y arreglada nuevamente, nomina-la *La misma conciencia acusa*: se hablará el paso de *La gisela*: á continuacion se pondrá en escena la zarzuela de nuestro amigo don Francisco Sanchez del Arco, *¡Es la chachi!* y terminará con la pieza en un acto, del jóven gaditano don Juan José de Arenas, *Para un apuro un amigo*.

Creemos acertada la eleccion de las piezas de que se compone el espectáculo, y por

ello felicitamos á los beneficiados, á quienes no dudamos sabrá el público recompensar sus deseos por complacerlo.

## Guantes lavados.

Estando un dia lamentándonos con un amigo de lo que gastábamos en guantes con esta maldita moda de tenerlos que usar precisamente claros, me dice; pues usted se queja y gasta siete ú ocho reales por cada par porque quiere, ó porque ignora que en la calle de la Amargura hay un tenducho donde por la friolera de real y medio le lavan á usted un par de guantes, dejándoselos como nuevos y pudiendo mandarlos volver á lavar así que se le hayan ensuciado.

Como el aborro era nada menos que de las cuatro quintas partes, dí á mi amigo las mas expresivas gracias por tan beneficiosa noticia para el bolsillo, é hizo desde entonces proposito de no volver á comprar mas guantes nuevos. Inmediatamente envié para prueba un par de guantes amarillos, tiempo há retirados del servicio. Recogilos al dia siguiente ya lavados, y con efecto no dejaban de estar bastante limpios. Noté desde luego un olor algo fuerte y parecido al de la pintura cuando le cargan bien la mano en el agua. Hicelo así observar á la persona que me los entregó; pero me dijo que al instante se disiparía. Fuimo con ellos puestos á hacer una visita; y no bien habia dado la mano á un caballero, cuando este me pregunta:—Usted no está bueno.—Cierto, amigo mio, le respondí; tiempo hace que padezco de unos dolores nerviosos.—Al momento lo conocí, me replicó don Facundo, tal era el nombre de este caballero.—Admirame, le repuse, cómo adivina usted los males ajenos.—Pues adivino mas, amigo mio, me respondió; y es que usted se dá unturas, y unturas por cierto muy fuertes.—¿Y porqué?—Porque todavía le huelen á usted las manos.—No me agradó nada la observacion; primero porque probaba que los guantes despedian tan ingrato olor y tan fuerte, que solo con dar la mano lo advertia cualquiera; y en segundo lugar, porque me supondria tan poco aseado

que no me habia lavado las manos despues de darme una untura. Sin embargo, sufrí que así lo creyera antes que confesarle la verdad, porque no pensara que por ruindad me condenara á sufrir tan desagradable olor, molestando al mismo tiempo á las personas que se hallen á mi lado. Esto fué causa que abreviara mi visita. Abrigaba todavia la esperanza que al poco tiempo se disipara el bendito perfume que exhalaban mis manos.

Voyme al teatro; y á poco rato de estar sentado en mi luneta, me pregunta uno que estaba junto á mí.—¿No advierte usted que esta noche hay en el teatro un olor fuerte de pintura?—Me parece que sí, le respondí; no tratando por cierto de desengañarlo.—Debía usted decir algo de esto en su periódico, agregó, porque esto no se puede tolerar.—Prometile que lo haria, y ya ve el lector que estoy cumpliendo mi palabra.

Pasó el primer acto, y en el entreacto se fué este caballero al café, y al volver me dice:—¿Sabe usted que se nota el mal olor fuera de estas lunetas? de donde infiero que como estas se hallan cerca del foro, debe ser de allí de donde venga ese ingrato olor.—Así será, repliqué, y me dirigí al que estaba al otro lado mio. Fui á darle la mano; pero ésto sin duda que habia adivinado la causa de este perfume, la retiró muy pronto, como si no hubiera notado mi movimiento: estuve á punto de pedirle una satisfaccion por el desaire que me hacia; pero conociendo que tenia razon de no quererse infestar, callé y me hice el prudente, temeroso de no caer en ridiculo si le pedia esplicaciones y él me las daba como yo aguardaba. A todo esto no era yo el menos atormentado del olor, como que ninguno de él se hallaba mas inmediato. Pero como no llevaba otros guantes de repuesto, sufría victima de las tonteras ó de las preocupaciones de la sociedad. Estuve tanto tiempo aguantando, que me resultó un fuerte dolor de cabeza, que yendo en aumento, me obligó á privarme de una parte de la ópera, que para mayor desgracia era aquella noche una nueva.

Llegué á mi casa, y aun cuando me habia quitado los desgraciados guantes, las manos habian quedado infestadas, y despedian el mismo olor. Iba á contarle á mi familia lo que me habia pasado, cuando mi señora, que

padece de los nervios, fué acometida de una convulsion con la fuerza del olor. Fué preciso llamar al médico: éste la recetó una bebida anti-espasmódica, con la cual consiguió el alivio, y yo tuve que irme sin cenar á la cama para curarme del dolor de cabeza, jurando y perjurando no volver á mandar lavar mas guantes, y antes que hacer tal disparate, llevar mis manos desnudas á manera de barbero, que así á lo menos ni huiría de mí la gente como de lazarino, ni pasaría la plaza de puerco, ni me acometería la jaqueca, ni sería causa de las convulsiones de mi señora, ni tendría que gastar en médico y en bebidas anti-espasmódicas mucho mas de lo que ahorrara con el lavado de guantes.

---

## Miscelánea.

---

MOSTRUARIO CURIOSO.—El miércoles andaba un sugeto de modales finos disfrazado con la careta. Llevaba una especie de cajoncito aparentando vender perfumería, regalando de paso á ellos y á ellas el siguiente cartel de sus mercancías:

Venid todos y comprad lo que por poco tendreis; cosas son que no hallareis de venta en la sociedad. Con toda seguridad os ofrezco esta invencion; poco precio y perfeccion; todo es rico, nuevo y bello; con que... si pensais en ello aprovechad la ocasion.

Ea, muchachas, comprad *tesoros del tocador*; vendo rosas de *pudor*, y carmin de *honestidad*; polvos de *fidelidad*, elixir de *juventud*, é inventada por Mahamad, célebre alquimista moro, os daré en cajas de oro la esencia de la *virtud*.

Cosméticos sobrehumanos de la *inocencia*, en pastillas, que dan brillo á las mejillas y suavidad á las manos; y llevo en polvos, gusanos llamados de la *conciencia*, y tisana de *esperiencia* para cuidarse la *boca*; y juicio para la loca, para la vejez *paciencia*.

Y es completo mi surtido, y á medida del deseo, pues que para el sexo feo llevo lo que no ha tenido. En vez de aceite mentido, pastas y polvos de olor, cosus todas de rigor como el grasiento cerote para canas y bigote llevo *nobleza y valor*.

Tambien por una bicoca, pues que quiero hacer barato, vendo *finura y buen trato*, y el corazon en la boca; llevo *vergüenza*, aunque poca, y en cuartos, como la luna: pero no es poca fortuna, si á las manos se lo viene, aquel que ninguna tiene encontrarse con alguna.

Diz que estas cosas se usaron allá cuando el rey rabió, la receta se perdió, mas algunos la encontraron. Hacerse ricos pensaron, pero fué necio pensar, y se puede asegurar y decir á bocas llenas que por ser cosas tan buenas nadie las quiere comprar.

---

CADIZ: 1852.

---